

MANUEL ANTONIO GARRETÓN

AMÉRICA LATINA: LOS REGÍMENES AUTORITARIOS

El tema y algunos problemas analíticos

El surgimiento de regímenes militares de "nuevo estilo" en algunos países de América Latina, durante las dos últimas décadas, dio origen a una abundante literatura en las Ciencias Sociales. En las páginas que siguen trataremos de señalar esquemáticamente, a partir de la literatura disponible, algunos de los problemas que nos parecen importantes en la discusión sobre esos regímenes. Damos por conocidos los grandes lineamientos de análisis y, a título de comentario, volvemos a plantear ciertos temas y formulamos preguntas que no siempre agotaremos o contestaremos en profundidad. Sin pretender ser originales, nos interesa ordenar ciertos puntos, indicar y sugerir algunas direcciones y pistas para un debate y una investigación que están en pleno desarrollo, desde una perspectiva necesariamente general, excluyendo de la consideración detallada los casos particulares que constituyen el conjunto de los nuevos regímenes autoritarios. Por último, el enfoque con que nos aproximamos al tema privilegia su dimensión sociológica.

Cuando hablamos de regímenes autoritarios, nos referimos a una determinada modalidad de sistema político, en el sentido que éste tiene de mediador entre Estado y Sociedad. No empleamos, por lo tanto, el término autoritarismo en su sentido genérico, característico de toda sociedad de clases, es decir, de definición general de la sociedad capitalista; apenas se hace referencia a una determinada especificidad histórica. Tampoco identificamos el conjunto de elementos que definen esos regímenes con una forma histórica especial de autoritarismo, como fue la constituida por los fascismos, aunque presenten rasgos comparables o similares y este concepto se extienda mediante el prefijo "neo" o el adjetivo "dependiente". Tanto la configuración histórica de la fase del capitalismo mundial y local, que implica la estructuración de clases, como el tipo de régimen político sin organización y movilización de masas, hacen que sea preferible dejar de lado este modo de denominar.

Ya se hable de fascismos, neofascismos, fascismos dependientes, Estados autoritarios, Estados burocráticos-autoritarios, autoritarismos defensivos, regímenes militares tecnocráticos, capitalismo autoritarios, Estados de Seguridad Nacional, etc., ciertos rasgos comunes diferencian estos nuevos regímenes de otros sistemas político-militares que han existido en la región. Veamos: I) Surgen en países con cierto nivel de desarrollo o industrialización y, en ciertos casos, con un régimen político de cierta estabilidad histórica; II) Aparecen después de un periodo de amplia y relativa-

mente intensa movilización y presencia política popular, que llega a asumir formas populistas o revolucionarias; III) Las Fuerzas Armadas pasan a desempeñar un papel preponderante en el bloque que se apodera de la dirección del Estado, realizando materialmente la ruptura y comprometiéndose orgánicamente en la conducción de este proceso a través de su institucionalización jerárquica; IV) En torno a ellas se estructura una coalición, que expresa a las clases económicamente predominantes, las que ejercen su dominio sobre el aparato estatal a través de los equipos tecnocráticos; V) Este bloque dominante propone un proyecto de reestructuración de la sociedad en términos de acumulación y distribución y de reordenación política; VI) Este ordenamiento político, que se caracteriza por su pauta autoritaria y excluyente, exige el uso de la fuerza represiva para eliminar, desarticular o controlar las organizaciones populares de clase y políticas, así como las demás organizaciones sobrevivientes del periodo anterior.

En torno a estos lineamientos puramente descriptivos, surgen los diversos análisis explicativos e interpretativos que, en su dimensión sociológica, enfrentan algunos problemas inéditos.

En procesos de los cuales se observa una alta movilización social, una presencia vigorosa de fuerzas y actores sociales en la escena política y un elevado desarrollo de los discursos ideológicos, el análisis corre el riesgo de quedar preso por las representaciones de los sectores enfrentados, transformándose en una mera sistematización de su discurso. Pero en los casos en que el poder político parece imponerse en forma pura, sin mediaciones, y en donde fuerzas y actores sociales no se presentan en la escena con toda su transparencia, el análisis corre el riesgo de encerrarse en una descripción apocalíptica de una dominación que se impone irrestrictamente, obedeciendo casi a una lógica natural. En el primer caso, se cae en la tentación de considerar que los actores están dotados de una voluntad perfectamente autónoma, desvinculándolos de la "situación" y preguntando por el puro "sentido" de la acción, identificado con el propio discurso del actor. En el segundo caso, la pregunta por el "sentido" parece perder significado, y se tiene la tentación de integrarla secundariamente en la descripción de la "situación". En un extremo, las fuerzas sociales actúan entre sí como en un drama sin rumbo. En el otro, las "fuerzas objetivas" ejercen su poder como en una tragedia, sin personajes creadores.

El análisis de los regímenes autoritarios parece enfrentar problemas propios de la segunda situación. La dominación tiende a ser vista como un fenómeno de lógica necesaria e irreversible, producto de las fuerzas objetivas; su evolución, a ser descrita en términos de "tensiones" o "rajaduras" de la gran capa que cubre la sociedad. La lógica del capitalismo

N. de R. Este ensayo se reproduce con autorización de la revista brasileña *Dados*. Ha sido aligerado de sus notas por la redacción.

mundial y de la división internacional del trabajo o del poder irrestricto del Estado ocupa aquí el papel de los dioses que rigen la historia: los hombres, en cuanto actores colectivos o fuerzas sociales, son meros portadores de esa lógica, que se impone por sobre ellos. El análisis queda reducido a la descripción de su desarrollo y de sus tensiones internas, o, al comienzo, a su mera denuncia. Descripción y denuncia se confunden con explicación e interpretación. Los datos de tipo estructural asumen un papel importantísimo, en la medida en que el discurso de los actores parece ser pura ideología.

En parte como respuesta al énfasis anterior, existen enfoques de los regímenes autoritarios que dan mayor importancia a los aspectos políticos: los actores y las fuerzas sociales no son la pura expresión de una situación o la encarnación de una lógica. Ya muy cerca del análisis sociológico, el riesgo aquí es el normativismo o el voluntarismo. Pero este enfoque implica otro problema, una dificultad inherente a este tipo de régimen político: el acceder al conocimiento de lo que efectivamente sucede en la sociedad, allí donde los datos "estructurales" y los discursos de los actores resultan insuficientes. La opacidad de estos regímenes dificulta el conocimiento de la conducta concreta de los actores, la adecuada reconstrucción de la acción social y la interpretación de su sentido. En ausencia de los antecedentes necesarios, surge la tentación de sustituir el análisis de los hechos por una imputación de racionalidad, por la construcción de esquemas que otorguen coherencia e inteligibilidad a fenómenos sociales opacos; pero se corre el riesgo de interpretaciones arbitrarias, distantes de la historia real.

La crisis de origen

El surgimiento de los regímenes autoritarios parece constituir una respuesta a la crisis política de la sociedad y, al mismo tiempo, representar la intención de materializar un proyecto histórico-social. Pese a ser diferentes, ambas dimensiones están interrelacionadas.

La crisis de origen y la forma en que es conceptualizada por los actores que en ella predominan tiene un carácter determinante en la lógica defensiva o contrarrevolucionaria, la cual, durante el proceso de instalación o de reinstalación de estos regímenes, aparece como la lógica que domina. Tanto, que algunos autores señalan la necesidad de que el análisis del régimen se haga con relativa prescindencia del momento de la crisis y otros la incorporan en la descripción de la naturaleza del fenómeno. A nuestro entender, es posible argumentar que la naturaleza de la crisis de origen tendrá importancia en la determinación no sólo del momento de la reacción, sino también en lo que llamaremos lógica inaugural o elemento proyectador.

La lógica defensiva o contrarrevolucionaria, es decir, el *quantum* la modalidad, la duración y el alcance de la represión parecen estar determinados, en primer lugar, por el grado de articulación de las fuerzas populares, por su nivel de movilización ideológica, y por el poder relativo alcanzado por ellas dentro de la sociedad, y, en segundo lugar, por el grado en que este fenómeno y la propia crisis son registrados por los distintos sectores —los que son efectivamente amenazados en su posición de clase dominante y las más o menos amplias capas intermedias— como un ataque definitivo al mantenimiento del sistema. El primer factor condiciona la extensión y profundidad de la represión. El segundo prepara su legitimación, hasta en el caso de sus formas más brutales y más irracionales.

Aunque la dimensión "crisis política" se exprese principalmente en la lógica reactiva, defensiva o contrarrevolucionaria de esos regímenes, también imprime una marca a la lógica inaugural o momento revolucionario, es decir, a la dimensión "proyecto", sobre la cual nos extenderemos más adelante. Digamos, por ahora, que esta vinculación aparece, sobre todo, por el grado de crisis de funcionamiento de la sociedad, en su doble aspecto de continuidad/discontinuidad del aparato económico y de articulación/desarticulación de lo cotidiano. Las necesidades de reorganizar o de normalizar la economía limitan los rumbos del proyecto inaugural, tanto en lo propiamente económico como en lo que se refiere a la organización socio-política, al mismo tiempo que proporcionan nuevos recursos ideológicos de legitimación. Pero es ne-



cesario una conceptualización adecuada, que introduzca la mediación de las relaciones de clase. La crisis política a la que nos referimos se caracteriza por un enfrentamiento entre clases y sectores sociales. Su resolución implica que una clase social que se sentía amenazada se transforma en victoriosa frente a otra. Y ese elemento de desquite propio de una contrarrevolución explicará muchos de los rasgos del momento reactivo o defensivo. Los requerimientos "estructurales" de normalización o estabilización económica, no explican por sí solos ciertos aspectos represivos y de control social que, a veces, pueden parecer "excesivos" en relación con los primeros. Este "exceso" tampoco es casual, ni un elemento "desviado", susceptible de ser "corregido". La dinámica del enfrentamiento de clases y su objetivación son elementos objetivos que tienen su propia lógica, a veces independiente de

las exigencias de la base material de desarrollo. En otras palabras, la crisis produce tres tipos de exigencias al nuevo régimen político que se instala. Por un lado, las derivadas del proyecto económico, que exigen determinadas disposiciones político-organizativas. Por otro, las que provienen de la necesidad de vigilancia política, no reductibles a las primeras, por parte de los sectores que asumen la dirección del Estado y de la sociedad. Por último, hay otros factores, que tienen relación con la subjetivización colectiva del enfrentamiento.

Al asociar el surgimiento de esos regímenes autoritarios o militares a una crisis política, no se postula en ningún caso una relación de necesidad. Es evidente que, a pesar de lo que su ideología de legitimación intenta hacer creer, la ruptura que los origina no es la única salida posible. Tan solo nos interesa, entonces, indicar una constante a la que esos regímenes se asocian.

El proyecto histórico

El carácter de vehículo o portador de un proyecto histórico define lo que se podría llamar la lógica o dinámica inaugural o, en algunos casos, revolucionaria de los regímenes autoritarios. No se trata ahora del aspecto defensivo o reactivo, sino de un intento de transformación del conjunto de la sociedad en una determinada dirección. Las determinantes de ese proyecto histórico parecen ser dos. Por un lado, una crisis del capitalismo nacional, o, en otros términos, el pasaje hacia una fase distinta de su proceso de acumulación y desarrollo. Por otro lado, un proceso de reestructuración capitalista a nivel mundial, en el cual se atribuye cierto papel o función a los países de la periferia capitalista.

Aquí se proponen dos problemas distintos: el primero se refiere a la especificidad de este proyecto histórico, cuando se consideran los diversos casos nacionales. En la actualidad no parece posible suscribir la descripción de este proyecto, en el sentido específico de "profundización" capitalista, como la única dirección posible. Varios autores han señalado que no fue ésta la principal orientación asumida por estos regímenes, incluso en los casos en que son utilizados como testimonio de la hipótesis de la "profundización". Algunos han señalado otras diversas "conexiones económicas", advirtiendo empero, por una parte, que ninguna de ellas es suficiente, por sí sola, para explicar estos regímenes y, por otra, que hay un exceso de determinismo económico, al caracterizarlos a partir de su proyecto de desarrollo material. Sobre este punto volveremos más adelante.

Se trata de construir una organización sociopolítica coherente con un desarrollo acelerado, después de una crisis que los sectores dominantes de la economía encararon como una crisis de disolución del sistema. Obviamente, con eso no estamos desconociendo el carácter dominante asumido hasta entonces por el esquema de desarrollo capitalista; pero hay que advertir que se trata de un capitalismo distorsionado, con problemas propios causados por su estructuración tardía y sujeto a permanentes equívocos, que provienen de las tendencias participadoras o redistributivas, incapaz de hacer homogéneo el conjunto de la sociedad en sus diversas dimensiones. La necesidad de reestructuración y de inserción obedece a determinantes objetivos de la fase del desarrollo capitalista y la visión de esto por parte de algunos sectores predominantes o en vías de serlo en materia económica; pero sobre todo, a la exigencia de dar una respuesta a la crisis político-social, que actúa como catalizadora de esta necesidad de reestructuración y inserción.

Siendo éste el proyecto histórico común, serán las características históricas nacionales —entre las cuales se destacan la situación de desarrollo en el momento de la ruptura y los rasgos estructurales particulares (población, magnitud actual y potencial del mercado, cantidad, calidad y diversidad de recursos, etc.)— las que determinan las diversas "direcciones" nacionales de este proceso de reestructuración y inserción capitalista ("profundización", "reprimarización", etc.)

El segundo problema analítico planteado por el proyecto histórico de estos regímenes es hasta dónde las exigencias de reestructuración e inserción pueden responder por el conjunto de transformaciones experimentadas por la sociedad. En otras palabras, ¿existe una dirección unívoca entre las exigencias "objetivas" o "estructurales" y las transformaciones de la sociedad? Si no existe, ¿esto se explica tan sólo por las distorsiones producidas por las resistencias sociales a las políticas en las cuales estarían expresadas tales exigencias o imperativos?

Por una parte, la respuesta parecería ser afirmativa: existe una estrecha relación "estructural" entre el modelo económico de reestructuración e inserción capitalista y el modelo político-autoritario. Hemos señalado que los procesos de acumulación capitalista parecen entrar en contradicción en un determinado momento, catalizado por la crisis político-social, con excesos de demandas por la democratización de tipo redistributivista y con la presencia de una multiplicidad de actores sociales que atentan contra la estabilidad exigida por las nuevas formas de acumulación. Todo esto amenaza con descomponer el sistema. El establecimiento de formas inéditas de acumulación exige ciertas cláusulas políticas, que implican la desarticulación de los mecanismos y organizaciones que canalizan las demandas que presionan la capacidad redistributiva del sistema. Esta implantación exige políticas restrictivas asociadas a la estabilización, que perjudican seriamente las conquistas, expectativas y demandas, no sólo de los sectores populares que fueron derrotados en el momento de la crisis política, sino también de las capas intermedias exacerbadas por la polarización previa a la ruptura. Así, la necesidad de "normalizar" en determinado sentido la economía, de excluir de sus beneficios inmediatos a gran contingente de la población, se confronta con sectores políticamente activos. Para desmovilizarlos, es necesario reprimir sus organizaciones, eliminarlas o desarticularlas y, por otro lado, manipular su pasividad con la promesa de tiempos mejores. También señalamos que todo esto exige el aniquilamiento del sistema político anterior y que, por lo tanto, la represión y el control político se vuelven imperativos del modelo de reestructuración y de inserción, aunque sus aspectos puramente económicos no sean suficientes para explicarlos. Originalmente casi no es una relación estructural. El modelo autoritario parece ser exigido tanto por la necesidad de maduración y estabilidad a largo plazo, como por las consecuencias excluyentes del modelo económico. Son muchos los sectores sociales afectados y muchas las demandas bloqueadas: su irrupción a través de un sistema organizacional e institucional abierto presionaría la débil capacidad incluyente del sistema y acabaría con los sofisticados mecanismos puestos en práctica para obtener el equilibrio que garantizase "estabilidad interna" y "confianza externa". Esta última, indispensable para el ingreso de capital extranjero necesario para reactivar la economía.

La "reactivación" económica parece exigir la adopción de ciertas "cláusulas" políticas y el establecimiento de un or-

den autoritario más o menos permanente, cuya dinámica de restricción y de apertura está regida por el grado de avance de ese esquema económico. Por otra parte, en ciertos casos, esas "cláusulas" se extienden más allá del sistema político, exigiendo la reordenación de otros ámbitos de la vida social —cuyo ejemplo ilustrativo parecería estar constituido por el sistema de educación—, de manera de volverlos funcionales para el modelo de acumulación, distribución y reproducción.

El conjunto de cambios que estos regímenes tratan de introducir o introducen en la sociedad corresponde a transformaciones de tipo revolucionario. Podemos pensar en términos de contenido y de método, en un proyecto de revolución capitalista tardía, del tipo de revolución "por lo alto" en la que, a partir del Estado y con una participación preponderante de las Fuerzas Armadas, no se busca una restauración del orden perdido sino una reordenación sobre otras bases del conjunto de la sociedad. Tratándose de un intento de revolución capitalista tardía, entendemos que ésta no se produce contra un orden feudal o precapitalista y contra una vieja clase dominante de tipo oligárquico, sino en una situación de desarrollo y auge de fuerzas sociales y populares, que aparecen como el principal obstáculo para una "reinauguración" capitalista. Este proceso se caracteriza por ser antipopular. Si se tratara de una tentativa de transformación a partir del Estado, mencionaríamos la incapacidad de las clases y sectores dominantes para establecer su hegemonía en la sociedad civil, creando un orden "incorporativo" que tenga su expresión en un sistema político de base relativamente consensual, aunque no esté exento de contradicciones y conflictos. Por el contrario, el recurso de la fuerza se vuelve el elemento fundamental de las experiencias de ese tipo. Se trata de una disociación de los elementos "democrático" y "burgués" de las transformaciones capitalistas clásicas. Si hubo aspiraciones y tareas democráticas más o menos conquistadas en estos países, o, en algunos casos, un orden político-democrático, no fue una construcción hegemónica de una burguesía fuerte y triunfante que llamó a otras clases a participar del orden político, sino el resultado de un complejo, proceso en el que los sectores medios y populares —a través de expresiones populistas, desarrollistas, reformistas o más revolucionarias— desempeñaron un papel fundamental. Y si hay una revolución burguesa, se hace contra o, en algunos casos, a partir de la caída del régimen democrático y teniendo como meta la destrucción de las bases del desarrollo, que dieran racionalidad a las diversas formas del populismo o de la incorporación popular.

Pero una tentativa de tipo revolucionario, sea cual sea su viabilidad o su inviabilidad, su éxito o su fracaso, está hecha por clases o fracciones de clases y grupos sociales. Su proyecto es el resultado de las relaciones que se establecen tanto entre ellos mismos como con el conjunto de la sociedad, en cuanto nuevo bloque dominante. De modo que la dinámica fundamental que se desarrolla en la sociedad es la de la búsqueda de una imposición hegemónica en el interior de ese bloque y de él sobre el conjunto, enfrentando las resistencias de los sectores que se intenta subordinar. Esta búsqueda de hegemonía, cuyo eje es la reestructuración y la reinserción capitalista, no se reduce a las exigencias económicas. Así, es posible interpretar las transformaciones sociales como la expresión de un proceso en virtud del cual el bloque dominante trata de resolver sus problemas internos y externos de hegemonía, construyendo y dirigiendo una estructura social coherente en todas sus dimensiones. Hay, sin duda, "exigencias" del modelo económico, pero hay también problemas

de hegemonía no resueltos, ópticas sociales, complementarias o contradictorias, que pretenden plasmarse en políticas y estructuras; intereses, exigencias y aspiraciones sectoriales que intentan cumplirse y deben ser considerados dentro del bloque dominante; grupos significativos que deben sumarse más que ideológicamente; reivindicaciones sindicales, etc... Esto da contenido y sustancia histórica a un proyecto que no puede ser definido meta-socialmente, al mismo tiempo que explica que muchas medidas del "gobierno" sean contradictorias con respecto a la racionalidad económica (por ejemplo, los gastos militares) o, simplemente, independientes.

Algunas consecuencias analíticas

El énfasis anterior en la doble dimensión crisis y proyecto tiene consecuencias que hay que considerar en el análisis de estos regímenes.

En primer lugar, llama la atención sobre el "estado de la sociedad", en el momento de iniciarse el proceso de reestructuración capitalista por la vía autoritaria, más allá de la coyuntura de la crisis sociopolítica. Esto implica considerar el desarrollo histórico del Estado, del sistema y régimen político y de la sociedad civil. Muchas de las políticas de reformas estructurales emprendidas por estos regímenes obedecen no solo a las exigencias del modelo económico —aunque se lo siga normalmente y éste sea uno de los ejes principales— sino a la necesidad de "ajustar" ese estado de la sociedad a un proceso de dominación global. En ese sentido resultan decisivos el grado, la extensión y la fase del desarrollo industrial capitalista; el nivel alcanzado por la presencia intervencionista del Estado en la sociedad, la estructuración del sistema de representación política y los mecanismos de vinculación entre el Estado y la sociedad; y finalmente, la extensión y profundidad de los procesos de democratización durante el ciclo populista y la fase en que éste se interrumpe. Aunque una de las orientaciones fundamentales de este intento de revolución capitalista es, como señalamos, la destrucción de las bases que hicieron posible y racional el populismo y su exasperación en sus diversas variantes, el nivel alcanzado por los procesos de democratización puede permitir, en algunos casos, políticas sectoriales de extensión o democratización parciales, no incompatibles con el esquema general de dominación. Así mismo, las posibilidades abiertas a la intervención del Estado están relacionadas con la naturaleza y extensión de su presencia intervencionista y con su papel en la actividad social y política en la etapa previa. Por último, las posibilidades de reordenamiento político y de admisión o permisividad relativa de actores políticos guardan relación con el nivel previo de estructuración de éstos y con el papel que desempeñaran en la articulación de las clases y grupos sociales en el periodo precedente.

En segundo lugar, el énfasis que se propone para la caracterización del proyecto histórico de estos regímenes apunta a los rasgos históricos particulares de los sectores que constituyen el bloque dominante. Tales características, que no pueden ser agotadas en los rasgos de una u otra situación, exigen, a su vez, analizar los mecanismos de hegemonía interna, de los sistemas de decisiones y concesiones mutuas, de su expresión ideológica, etc. No se trata, sin duda, de una configuración casual de este bloque dominante. Hemos subrayado bastante que las tareas propuestas por un proyecto de reestructuración y reinserción capitalista se encarnan en determinadas clases, fracciones y organizaciones sociales como actores dominantes. Pero su naturaleza histórica espe-

cífica, así como el estado en que emergen de la crisis, van a determinar, en gran parte, no sólo la dinámica interna del bloque dominante, sino también la que se imprime en el conjunto de la sociedad.

Aunque esto se deduce en relación a cada uno de los componentes del bloque dominante, vale la pena destacar el papel que desempeña la naturaleza histórica específica de las Fuerzas Armadas y la manera especial en que se inserta en la sociedad.

Es muy conocido, a ese respecto, el análisis del proceso de homogeneización de las Fuerzas Armadas latinoamericanas, en cuanto a su modernización, profesionalización e ideologización en la posguerra, a partir de haberse incorporado el área de influencia del poder militar norteamericano. También conocemos el papel que se le ha atribuido en lo que tiene relación con la doctrina antisubversiva, como garantía de la nación y de su destino, y las consecuencias que esto acarrea a su definición social y a la autodefinition de su papel político. Si a esto se agrega la larga crisis de hegemonía y la percepción de una crisis de disolución de la sociedad, producto del nivel alcanzado por la movilización popular y de la polarización y desinstitucionalización del enfrentamiento político, no es difícil explicar por qué en todos los casos el papel de las instituciones militares en la ruptura política y en el desencadenamiento del proyecto de restructuración y reinserción resulta esencial.

Pero se trata apenas de un antecedente genérico, que no permite, por sí solo, entender las especificidades históricas. Más allá de los datos aislados sobre su carácter organizacional formal, su composición social o su nivel de desarrollo instrumental, el tipo de relación histórica que hayan tenido con la sociedad política y con el conjunto de la sociedad es lo que explicará muchas de las particularidades de los diversos modelos o proyectos autoritarios.

En un extremo, es posible encontrar Fuerzas Armadas penetradas por la sociedad política y en las que se reflejen o reelaboren sus opciones históricas. Paradójicamente la "propuesta institucional" —o el proyecto que ellas proponen— tiende a ser más autónoma u original en relación a los proyectos de los grupos civiles y a los mecanismos de decisión más colectivamente institucionales, con una estabilidad del régimen militar menos asociada a liderazgos personalizados, lo que tiene evidentes consecuencias en el problema de la sucesión en el gobierno. En el otro extremo, tendríamos Fuerzas Armadas que, en virtud de los mecanismos de decisión legítimos de la sociedad política, mantendrían una presencia no-intervencionista, subordinada al poder político, confinada a su papel profesional y que desarrollaría una ideología de acuerdo con él. Aquí, su autopercepción mesiánica no encontraría una contrapartida en un proyecto político autónomo u original con respecto a las fuerzas sociales que no fuese un puro "consenso de límite" en el momento de la ruptura. De modo que, una vez producida la intervención política, la dirección "formal" corresponde al poder militar, y éste solamente lleva adelante un proyecto de "contenido" de aquellas fuerzas sociales que pueden volverse hegemónicas dentro del bloque dominante. De no tener un proyecto con un contenido consensual, como producto de una "reelaboración interna", la consecuencia en el ejercicio del poder será creciente personalización del liderazgo institucional jerárquico y, probablemente, una estrecha asociación entre ese liderazgo personalizado y el mantenimiento del régimen. Esto, sin duda, influye de modo fundamental en la inseguridad con respecto a los mecanismos de sucesión y por lo co-

mún, en el tema de las dinámicas de estos regímenes, que más adelante abordaremos.

En tercer lugar, lo que apuntamos hasta aquí tiene consecuencias en el análisis comparativo de los diversos "modelos autoritarios" o en las variaciones entre esos regímenes. Más que apoyar este análisis en un solo factor o elemento, pensamos que las especificidades deben buscarse en las combinaciones históricas del conjunto de factores señalados para la doble dimensión de "crisis de origen" y "proyecto histórico". También es probable que el peso de ambas dimensiones sea muy distinto para las diversas situaciones, pudiendo darse casos de una lógica predominantemente reactiva o defensiva y de una lógica inaugural muy débil o incapaz de realizarse de modo significativo. En todo caso, ambas dimensiones deben ser tenidas en cuenta para entender el proceso en su totalidad. Por otro lado, el análisis comparativo de las variantes autoritarias, que no descuida los denominadores comunes, se enriquece al establecer semejanzas y diferencias, no sólo en términos globales sino en cuanto a uno u otro de los factores señalados en cada dimensión.

La ideología dominante

Una pregunta necesaria se refiere al carácter de la naturaleza de la ideología dominante en estos regímenes, aludiendo al proyecto inaugural y a los actores y fuerzas sociales que lo representan. Aquí también podemos decir que el análisis oscila entre dos extremos. Por un lado, el predominio de la fuerza, coerción o represión haría imprescindible recurrir a la ideología, explicando su vacío "teórico-cultural" y su extrema debilidad ideológica. A partir del mismo substrato se desarrolla una visión polarizada, que atribuye a estos regímenes una gran racionalidad y coherencia ideológica. Sea a través de una visión de tipo "conspirativo" o "idealista" ligada a fenómenos políticos, o a través de una visión más determinista, vinculada a los fenómenos económicos, tal coherencia o racionalidad es proporcionada por aquella ideología que mejor puede dar cuenta y justificar el carácter represivo de estos regímenes: la ideología de la "seguridad nacional". Sin entrar a analizarlos, recordaremos cuatro elementos que nos parecen importantes con relación a su contenido y significación.

En primer lugar, existen elementos de filosofía política, tomados de la vertiente geopolítica, donde se identifican los conceptos de Estado-Nación y el papel de las fuerzas armadas como garantía de su integridad y destino, se destaca una concepción organicista de unidad nacional amenazada por enemigos internos y se define el destino nacional en términos de poder frente a otras naciones. Estos elementos se combinan con una definición histórica de amenaza actual a la seguridad de la nación: la agresión y la subversión por parte de un enemigo interno, el "marxismo", vinculado a una potencia imperialista, la Unión Soviética, contra el cual sólo cabe una "guerra total", en la medida en que no sólo agrede sino que también se infiltra en la sociedad entera, utilizando diversas complicidades. Por último, la doctrina consagra un conjunto de elementos de mecánica política (objetivos nacionales, proyecto nacional, estrategia por frentes, etc.), que aparecen como instrumentos de acción política para gobernar a la nación.

En segundo lugar, y a pesar de las diversas variantes nacionales de esta ideología, su origen y desarrollo se vincula a la incorporación de las instituciones militares latinoamericanas al bloque orientado por las fuerzas armadas norteamericanas. Los mecanismos que se desenvuelven en esta

relación permiten que los conceptos de seguridad elaborados por estas últimas se difundan a las organizaciones militares del continente.

En tercer lugar, esta concepción cumple un doble papel con respecto a las fuerzas armadas, además de homogeneizar sus expectativas y perspectivas en torno a su papel en la sociedad. Por una parte, les proporciona una imagen de sí mismas en virtud de la cual la institución está por encima de las contradicciones y conflictos de la sociedad, teniendo como misión salvar la integridad de la nación o su destino en los momentos de crisis. Por otro lado, proporciona un conjunto de elementos normativos que, llegado el momento de la intervención política, cumplen el papel de sustitutos de un programa político.

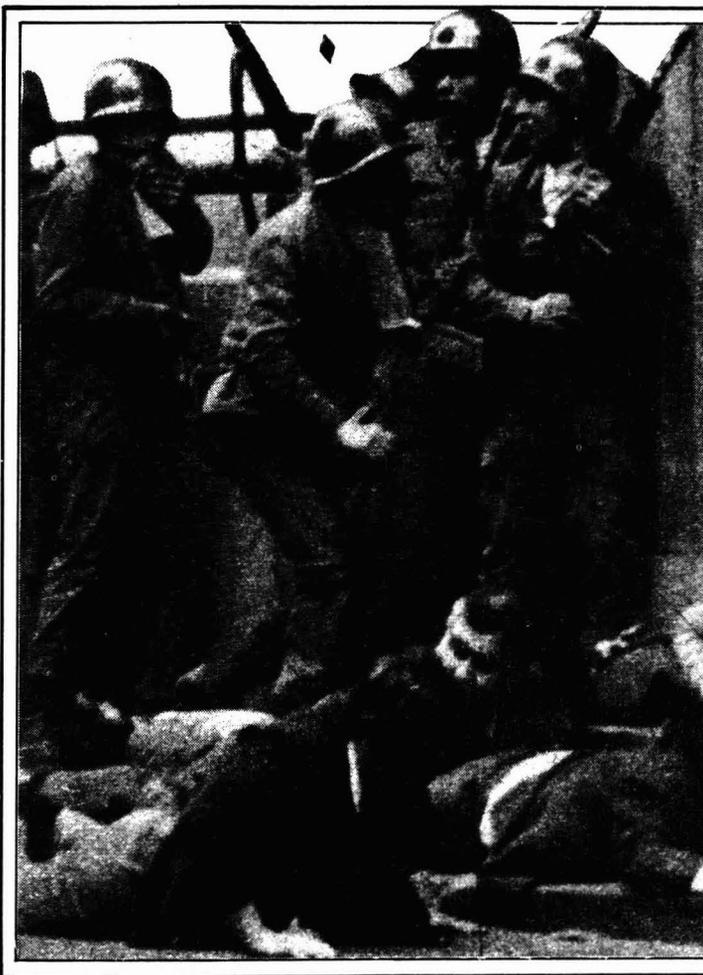
Finalmente, en torno a esta ideología se produce una convergencia con otras doctrinas elaboradas por las diversas élites que se constituyen en bloque dominante, junto con los militares. Esto se debe, en parte, a la insuficiencia de las concepciones de seguridad nacional para expresar los valores que provienen del mundo civil. Tal convergencia, no exenta de contradicciones, se produce en torno de ciertos ejes conceptuales y de valor, como la unidad nacional concebida metasocialmente, el antimarxismo, la crítica de la política, la desigualdad social como fenómeno natural, la desconfianza en la democracia. Algunos de esos aspectos doctrinarios serían los nacionalismos tradicionalistas y autoritarios, el pensamiento católico del tipo integrista, el liberalismo económico y la visión tecnocrática.

El énfasis en la coherencia de la ideología de la seguridad nacional y en su afinidad con las nuevas formas de dominación de ciertos sectores del capital nacional y extranjero no basta para explicar los problemas de penetración de esta ideología en el conjunto de la sociedad y puede ocultar otros aspectos en el plano ideológico.

Algunos de estos aspectos se relacionan con los problemas de legitimidad que estos regímenes enfrentan. En la primera fase, la de su instalación, se trata de un tipo de legitimidad contrarrevolucionaria, en la cual la situación de fuerza o enfrentamiento directo puede ser manipulada para un desdoblamiento sistemático de esta ideología, dado el predominio práctico de los aspectos puramente militares. Esto, sin embargo, sería insuficiente por sí solo, si no se contase con ciertos rasgos ideológicos del sentido común, como el miedo, la inseguridad, el orden que suelen ser incorporados en la concepción de la seguridad nacional y a los cuales puede responder. Este encuentro con elementos del sentido común que prevalecen en la sociedad, sobre todo en los sectores de las capas medias, puede explicar tanto el predominio ideológico de la seguridad nacional en el momento de la legitimidad contrarrevolucionaria, como el hecho de que un sistema de valores conceptuales tan "extraño" a la sociedad sea, de algún modo, aceptado y no sólo impuesto.

En una segunda fase, prácticamente agotada la legitimidad contrarrevolucionaria, el nuevo bloque dominante necesita presentarse como un proyecto de sociedad que no se agote en las tareas relativas y de normalización, aunque algunas de ellas mantengan su vigencia. El plano ideológico de esta fase tiene dos componentes. Por un lado, una visión de la sociedad nacional, en la que se destaca una crítica radical al tipo de desarrollo anterior y a su historia política, a los cuales se responsabiliza de la crisis que produjo el necesario advenimiento de los "nuevos buenos tiempos". Los elementos propiamente históricos y el rescate de ciertos momentos, valores y personajes que hicieron "grande" a la nación, en

contraste con aquellos que la arrastraron al borde de su destrucción, constituyen, ahora, el núcleo de la ideología dominante. El segundo componente de la búsqueda de una nueva legitimidad, complementario del histórico-crítico, está constituido por los elementos que se originan en las líneas programáticas. Aquí, predominan ciertas características del liberalismo económico y del pensamiento tecnocrático. Estos elementos ideológicos que actúan como valores normativos de las políticas instrumentadas, van acompañados de una visión del futuro y de la nueva sociedad que permite aceptar las necesarias dificultades del presente y no puede dejar de llamarse democracia, pero democracia "depurada de los vicios del pasado". La libertad económica y el desarrollo también económico son el fundamento de una nueva democracia política.



A esta altura, la ideología de la seguridad nacional, como núcleo dominante, perdió su carácter sistemático y coherente y permanece como la reserva ideológica de los sectores más duros y nostálgicos de los primeros tiempos del régimen. Entre tanto, muchos de sus elementos fueron incorporados y asimilados. Cabe, pues, hablar de la existencia de una ideología en estos regímenes, refiriéndose a los ejes y componentes señalados, pero es difícil considerarla como un solo cuerpo doctrinario, como un conjunto organizado y sistemático. Está constituida por elementos que provienen de muchas vertientes, lo que la hace aparecer incoherente y heterogénea. Entre tanto, más que la visión totalizadora, lo que importa, precisamente, son las "coherencias parciales" en busca de hegemonía.

Los mecanismos ideológicos de la hegemonía son diferentes por naturaleza, según que el problema se sitúe en el interior del bloque dominante o en relación al conjunto de la sociedad. En el primer caso, predominan los principios, valores y conceptos que provienen del plano programático, es decir, que el predominio ideológico está determinado por la capacidad de imposición y de viabilidad de un programa de acción. Sus elementos ideológicos, valores y principios normativos se convierten en el centro de la ideología dominante dentro del bloque. En relación al conjunto de la sociedad, la ideología dominante favorece aquellos aspectos que se encuentran en la cultura del sentido común, tanto en lo que se refiere a la visión histórica de la sociedad como en el plano de los valores y las normas. Muchos de estos aspectos contradicen elementos de la ideología dominante, lo que, en relación con la sociedad, le confiere un carácter parcial y lleno de lagunas.

Hay, sin embargo, una ideología dominante, en cuanto ideología del bloque en el poder, en la cual se integran elementos de diversas ideologías organizadas o sistemáticas. Y hay ideología, sólo parcialmente dominante al nivel de la sociedad en su conjunto, a través de aquellos pocos elementos capaces de expresar el sentido común compartido por sectores sociales relativamente amplios. Esta es el área que se intenta alcanzar a través del control y la manipulación de los medios de comunicación y de los mecanismos de socialización.

Éstas, ideología y cultura, sólo parcialmente dominantes, expresan las profundas dificultades de hegemonía que padece el bloque en el poder, frente al conjunto de la sociedad. Los problemas estructurales de exclusión económica, social y política, derivados del intento de radical reversión de las experiencias de presencia y participación populares, no pueden ser resueltos fácilmente, en el plano ideológico. Entre tanto, uno de los efectos de esta penetración parcial es el de surgir asociada a una relativa desarticulación de las ideologías expresivas de los movimientos populares —excepto en los niveles más organizados—, elaboradas con relación a una historia, a un esquema de desarrollo y a un sistema político que tienden a desaparecer y sucumbir en una nueva realidad. Por eso las organizaciones opositoras que invocan la representación popular recurren a ciertos elementos más permanentes de la cultura popular, fuera de sus expresiones ideológicas sistematizadas. Es decir que paralelo a ese proceso de penetración parcial y de relativa desarticulación se produce otro, de rescate de la identidad y de la expresión popular cultural, que lleva a una rearticulación y reformulación ideológica.

A partir de este doble fenómeno, se puede analizar el papel que, en el plano ideológico, cumplen, en ciertos casos, instituciones como la Iglesia Católica, que proporcionan categorías y lenguajes de connotación general, que permiten universalizar los elementos de la cultura oprimida que ya no pueden expresarse en sus viejas ideologías, y que no son capaces de integrarse en un nuevo sistema ideológico capaz de oponerse coherentemente al modelo cultural dominante.

Dinámica y viabilidad

La dinámica interna de estos regímenes está asociada a la particular configuración genética y estructural de los elementos a que ya hice referencia. Esto quiere decir que cada "modelo autoritario" específico tiene su propia dinámica o forma de evolución.

Generalizando, se identifica esta dinámica o estas tenden-

cias al cambio, con el problema de la formación del núcleo dominante: Estado (Fuerzas Armadas), alta burguesía nacional y capital extranjero. Posteriormente, este análisis se complementa con el tema de las "tensiones" que estos regímenes experimentan: por un lado, la erosión de su base de apoyo inicial y las contradicciones entre los tres aliados del núcleo dominante y, por otro, la distancia ante las masas excluidas y con las cuales es necesario restablecer de algún modo las mediaciones. Esto nos lleva al tema de las aperturas condicionadas y al recurso a la democracia "transformada o renovada", como punto de referencia de tales aperturas. El temor de que esto conduzca a desenlaces imprevistos que puedan amenazar la sobrevivencia del régimen explicaría las tendencias a la reconstitución, al retorno a la línea dura de los primeros tiempos.

Respecto a la tentativa de revolucionar la sociedad a partir del Estado, en términos de un proyecto de reestructuración y de reinserción capitalistas señalamos no sus éxitos sino el sentido o la inteligibilidad de una contrarrevolución triunfante. Por último, el triunfo de un proyecto de esa naturaleza se enraiza en la creación efectiva de un organismo socio-político coherente con el desarrollo o, en otros términos, con la capacidad de un bloque de incorporar un proyecto hegemónico para el conjunto, de la sociedad. Las grandes dificultades no impiden que, a pesar de no lograrse una realización global del proyecto, éste obtenga éxitos parciales.

La evolución o dinámica del régimen político-autoritario expresa la contradicción genérica o básica —activada por las fuerzas de la oposición— entre el carácter excluyente y desequilibrante de un proyecto de reestructuración capitalista y de reinserción dependiente en un sistema mundial ya constituido y, por otro lado, la necesidad de ampliar sus bases de legitimidad, cuando se deterioran los principios de la legitimidad contrarrevolucionaria.

Más allá de esta contradicción genérica y sin tener en cuenta las dinámicas que se originan en las contingencias de la economía mundial o en las presiones externas, estos regímenes enfrentan dos tipos de problemas de naturaleza diferente, que también condicionan su evolución política. Por un lado, están las dificultades derivadas de las resistencias a la implantación del nuevo proyecto histórico, que se sitúan en la transición asincrónica de las diversas esferas de la sociedad. Por otro, están las nuevas contradicciones que surgen de los cambios estructurales ya operados en el seno de la sociedad y que constituyen un campo de conflictos y de luchas inéditas, no atribuibles a una transición de nuevo orden y sí a un surgimiento sectorial y parcial. Este tipo de contradicciones expresa y produce profundos cambios en los sectores sociales que llevan a la reestructuración de sus expresiones y organizaciones políticas. Las dificultades de adecuación de éstas, sometidas a tareas de sobrevivencia en condiciones represivas, se manifiestan en los problemas de conducción política y en el surgimiento de formas de lucha al margen, así como en una lenta maduración de alternativas visibles al proyecto de dominación.

Decíamos que el proyecto de reestructuración y de reinserción capitalista a partir del Estado se enfrenta a enormes obstáculos, en la situación histórico-social de estos países: dificultades de homogeneizar estructuras y actores en torno al proyecto, incapacidad de "incorporar", de donde surge la necesidad permanente de recurrir a la fuerza y al control del Estado. Pero también señalamos que esto no impide que existan esferas de la sociedad profundamente penetradas y transformadas, que coexisten con ámbitos y esferas del "an-

tigo régimen". No habría una nueva sociedad, en el sentido de surgimiento de un proyecto histórico global; la habría, sí, en el sentido de que la transformación radical del régimen político va acompañada de cambios estructurales parciales, que modifican el conjunto de la sociedad y recomponen la estructura de clases y actores sociales.

Es posible distinguir entre un análisis diacrónico de la transición democrático-populista a la sociedad autoritaria —que enfatiza los problemas o contradicciones derivadas de las dificultades de implantar la dominación— y un análisis sincrónico, que se centra en las nuevas contradicciones que surgen del arribo parcial o sectorial del nuevo orden. Esta distinción se vincula, en el plano político, con el paso de la legitimidad contrarrevolucionaria a la búsqueda de nuevos principios de legitimidad, los que a su vez tienen relación con las dos grandes fases de estos regímenes, la de la implantación y la de la institucionalización, o con las dos grandes tareas atribuidas al bloque dominante: creación del poder y creación de la sociedad. En todo caso, no se trata necesariamente de una sucesión cronológica de estas diversas dimensiones; dada la heterogeneidad social y por tanto su asincronía, éstas son dos fases de una misma acción histórica y pueden coexistir en diversos ámbitos de la sociedad.

Todo lo expuesto debe ser tenido en cuenta cuando se discuten temas como el éxito, la viabilidad y las crisis de estos regímenes. El tema del éxito y la viabilidad lleva, a veces, a confundir las dimensiones, en una perspectiva demasiado totalizadora. ¿Son o no viables estos regímenes? ¿Han tenido éxito o no? Sin pretender contestar en cada caso, vale la pena establecer una diferencia. Éxito y viabilidad dependen del sentido y de los aspectos considerados. Una primera dimensión es la viabilidad del capitalismo dependiente, lo que remite a las polémicas de la década del 60, de algún modo superadas en el curso posterior de la historia. Una segunda dimensión nos la da la capacidad de un proyecto de reestructuración y inserción capitalista para conjugar los términos de la utopía desarrollista: modelo capitalista, desarrollo nacional y creciente democratización sustantiva y política. No es difícil sostener aquí la inviabilidad. Pero una tercera dimensión se refiere a la viabilidad del régimen político, es decir, a la capacidad de mantener el modelo autoritario. Se puede fracasar en el intento de revolución capitalista o renunciar a la totalidad de la empresa y, sin embargo, mantener la dominación por largo tiempo, gracias al uso de la fuerza, a éxitos parciales o a una combinación de las dos cosas, suponiendo la ausencia de crisis económicas agudas o catastróficas. Así, la inviabilidad o el éxito, en una dimensión, no significa necesariamente, inviabilidad o éxito en la otra.

El problema puede ser planteado de otro modo, como la capacidad del bloque dominante para mantener su dominación más allá de las aperturas e inclusive con desgaste del modelo autoritario. La superación parcial de la crisis de origen o la creación parcial de un nuevo orden podrían permitir variaciones o adaptaciones del bloque dominante en el poder del Estado. Estaríamos frente a una situación no exenta de contradicciones y conflictos, pero donde la crisis social y la política tenderían a disociarse. Esto supondría, no obstante, un proceso de superación de la heterogeneidad, de homogeneización de la sociedad y de ordenación de la multiplicidad de actores que presionan al Estado o, al menos, el alargamiento de las expectativas de incorporación, en lo que se refiere al "potencial económico". En este caso, superar la dominación autoritaria no llevaría necesariamente a una crisis revolucionaria o de disolución. El tipo de régimen político podría acer-

carse a formas democráticas, a través de sucesivas aproximaciones, aunque continuase como expresión de la hegemonía del gran capital.

Crisis y salidas

Hay una tendencia, no carente de fundamentos sólidos, a asociar una crisis de las formas políticas de dominación con la crisis social del capitalismo que se trata de implantar. Ambos aspectos parecen estar estrechamente ligados en el origen de esos regímenes, ¿pero cuándo se puede hablar o concebir una disociación de estas dos crisis? El bloque dominante apuesta a esta disociación, a la creación de un orden que pueda admitir un nuevo régimen político. De ahí el



llamando a las "metas", y no a los "plazos", pero siempre el problema es, en definitiva, el *tiempo* que permita reestructurar las relaciones de clases y que lleguen nuevas formas de expresión política. El análisis específico de cada caso puede revelar si se trata o no de una utopía.

Es posible, entonces, introducir una distinción analítica entre crisis del régimen militar, crisis del régimen autoritario y crisis del proyecto histórico que ambos conllevan. De cada caso depende que esta distinción analítica sea una distinción histórica real. Las potencialidades específicas del proyecto histórico, en parte ligadas a los recursos y estructuras económicas, desempeñan un papel esencial en la posibilidad de disociación de estas crisis. Estas potencialidades se expresan siempre a través de la estructura y de las relaciones de clases. Que haya o no asociación entre crisis revolucionaria —al derrumbarse un proyecto histórico de dominación— y crisis política —o mudanza de un régimen o forma política de dominación— depende tanto de la capacidad incorporativa del proyecto político de reestructuración como de la lucha de masas y clases dominadas.

Así como el concepto de éxito, desde el punto de vista de la

dominación, puede referirse a diversos aspectos o dimensiones —mantenimiento del tipo de dominación, creación parcial o extendida a un nuevo orden, etc.—, el éxito de las fuerzas opositoras se mide no sólo por el derrocamiento del régimen o la total sustitución de un proyecto histórico, sino en términos de tareas parciales de creación de condiciones, de avances incluso dentro de aquel, de preparación de nuevas acciones, etc. En este punto, si no se quiere caer en un inmovilismo, es difícil escapar a la doble dimensión de oposición y negación, por un lado, y consolidación o legitimación, por otro. Es posible que la confusión, tanto de tareas, como entre crisis social o revolucionaria y crisis política, esté en la raíz de la dificultad para las alianzas y de la perplejidad, a veces inmovilista, de las fuerzas dominadas.

Por último, ¿es posible ir más allá de la asociación unívoca entre tipo de capitalismo y forma política de dominación? Nos parece que éste es un problema todavía no resuelto teóricamente, y no estamos seguros de que hoy, en las sociedades capitalistas dependientes en desarrollo, sea posible disociarlos. En todo caso, esta relación no traspone mecánicamente los requerimientos estructurales de la base material al sistema político. Pasa, de nuevo, por la mediación de la estructura de clases y sus relaciones históricas de tipo ideológico y político. Entre el tipo de capitalismo y el régimen político puede haber una vinculación que identifica crisis social o del proyecto histórico, con crisis política, o del régimen o forma de dominación. Entre el capitalismo histórico actual en los países dependientes y el régimen militar autoritario puede haber una relación indisoluble. En otras palabras, entre capitalismo dependiente y democracia política puede haber una incompatibilidad “estructural”. Por ello todas estas correlaciones no se deben a relaciones esenciales y abstractas entre estructura económica y política, sino a las relaciones concretas de clases —su historia, formas de organización y tipos de demanda—, que las vuelven históricamente posibles. Esto exige un análisis específico de cada caso. Sin esto, estaremos entre dos extremos: o el determinismo que identifica esencialmente crisis social y crisis política, y postula, genéricamente, el dilema socialismo o fascismo; o por lo contrario, el voluntarismo utópico, que postula el restablecimiento o recuperación de la democracia, sin un análisis de las condiciones socio-históricas que lo hacen posible. Ambos extremos tienen consecuencias políticas muy profundas.

Esto nos lleva, finalmente, al tema de las “salidas” de los regímenes autoritarios. Aclaremos que, al usar este término, no nos estamos refiriendo a cualquier crisis política de cambio en las cúpulas gubernamentales, sino a las crisis que llevan a una transformación sustantiva del régimen autoritario, es decir, a su sustitución, lo que nos lleva al análisis de la transición.

Ya se trate de una salida “programada”, producto de transformaciones internas en donde no están ausentes las presiones y exigencias de las fuerzas sociales y políticas de oposición, o de una salida impuesta por una parte o la totalidad de éstas, en ambos casos existe la referencia a la salida “democrática”.

Las aperturas que corresponden a una salida programada se refieren siempre a un orden democrático renovado, depurado de sus anteriores vicios y, de algún modo, protegido. ¿Lleva esto al bloque dominante o a fracciones de éste a exigir una apertura que pueda proporcionar una salida? Puede parecer que eso se da por el intento de volver a crear las bases de una legitimidad deteriorada por incapacidad de exhibir algún éxito en la materialización del proyecto histórico, o

por una situación de bloqueo o aislamiento político que puede o no estar relacionada con la anterior. La contradicción básica derivada del carácter excluyente del proyecto de reestructuración y de inserción lleva a abrir el juego político. Pero el fenómeno puede darse, también, a partir de una situación de éxito relativo, en la cual el proyecto histórico haya logrado afianzarse en forma parcial. En este caso, se trata también de realizar la suma política de los sectores para los cuales el modelo económico no ofreció los beneficios esperados. Y esto puede producirse, precisamente, en un momento en que todavía no existe una crisis de legitimidad y como modo de evitar que, más adelante, la apertura sea forzada y sólo permita negociar el rescate de algunas ventajas. De modo que no se puede identificar apertura con situación de debilidad. Sea cual sea el caso, si las “aperturas” obedecen a las necesidades de relegitimación, tanto dentro del bloque dominante como en el conjunto de la sociedad, las “salidas programadas” tratan, en lo esencial, de preservar los cambios sociales realizados. Por eso se trata, generalmente, de salidas hacia un orden político con un sistema regulado de exclusión de actores político-sociales —aun cuando los cambios de las bases de legitimidad obliguen a invocar la soberanía popular— y donde siempre se pueda recurrir al poder militar.

Si ahora examinamos las alternativas de salida que se oponen a las dinámicas de relegitimación del bloque dominante, es posible distinguir, *grosso modo*, entre aquellas que operan a partir de un colapso violento, por causas externas o internas, y en las cuales el nuevo orden que instauran no guarda, necesariamente, una relación de continuidad con la alternativa política que se estaba constituyendo en el seno de la sociedad, y aquellas que expresan la creación de un bloque alternativo, a través de la rearticulación y recomposición de las fuerzas derrotadas y, en menor grado y según el caso, de las fuerzas separadas del bloque dominante.

La referencia alternativa es siempre la de un orden democrático. Sin duda se trata de una cuestión problemática. La racionalidad de esa referencia es doble: un principio de oposición al orden autoritario, pero también un principio de reapropiación de la historia que, aunque se haya vivido como explotación y dominación, se identifica como una forma de lucha posible, principio básico negado por la dominación autoritaria actual. Sin embargo, este principio choca a su vez tanto con una referencia que tiene más de ideal que de realidad histórica, caso en que adquiere la forma de una utopía sin encarnación en una experiencia vivida, como también con una referencia histórica vivida, pero cambiadas radicalmente las condiciones sociales que la hicieran posible. En ambos casos, la democracia, como orden alternativo, tiene un referente ambiguo y un contenido y un significado diferentes para las fuerzas que constituyen el bloque opositor: es necesariamente una búsqueda. Ella afirma todas las fuerzas de mediación que son negadas por el orden autoritario; pero en la medida en que se vincula a un proyecto histórico, a un contenido o modelo de desarrollo, exige, de algún modo, que su alternativa contenga también esa referencia. La pura invocación de un orden político, de un sistema de reglas de juego, tiende a ocultar los problemas de hegemonía y las condiciones sociales que hacen posible la creación de un sistema institucional estable. El acuerdo o el consenso sobre esto será siempre muy precario. Se expresa, muchas veces, en la falta de una estrategia de salida y en la invocación a la democracia como aquel orden que se instaura —casi mágicamente— una vez producido el colapso del régimen autoritario.